

EL CABALLO DE TROYA

La mujer fuerte del Vietnam



CHU TOA

ESTA dama de cara enigmática y oriental es la señora Nhu. La señora Nhu es alguien en el Vietnam. Incluso en esta borrasca tempestuosa que agita al lejano pueblo asiático, donde los sacrificios de los monjes budistas y un clima de intolerancia religiosa han sacudido la conciencia del mundo, esta dama, vinculada muy directamente a los poderes presidenciales —es la cuñada del primer magistrado, el todopoderoso Ngo Dinh Diem— ha sabido conservar la serenidad. Ha habido dimisiones, escándalos y escisiones dentro de los propios partidarios de la política del impenable Ngo; pero la señora Nhu ha continuado impertérrita en su puesto de trabajo que nominalmente es la Jefa de las organizaciones femeninas vietnamitas, aunque algunos observadores dentro de los destinos de su país es bastante más elevada.

Y en la brecha continúa, habiéndola sorprendido la cámara en su puesto de trabajo, por cierto un tanto aparatoso. La civilización de Occidente se apunta un buen tanto con ese

letrado rutilante delante de su persona; tenemos también el detalle muy femenino de las flores blancas, y por detrás de su despacho el dosel orientalista con la bandera del país, un retrato de su jefe político y patriótico cercano, y más alto el supremo símbolo de la religión de Cristo.

Dicen que la señora Nhu se considera invulnerable en su posición, puesto que ejerce una influencia decisiva dentro de la política y los mandos militares del Vietnam. Se trata, no hay que dudarlo un momento, de la empuje fuerte, la avanzada, más agresiva de la lucha contra las libertades de los bonzos.

Se nos ocurren demasiadas cosas ante esta fotografía tan sugerida, pero, ¿para qué decir las? Por otra parte sobran, sobre todo si examinamos con detalle la escena y recordamos el ex-terminio de los pacíficos rebeldes, por lo que nos parece —a la vista de las prácticas realidades— que en su despacho hay Algo que sobra.

M. A. P.

La injusticia en los hechos

En el transcurso de unas semanas, varios monjes budistas se han hecho quemar vivos en el Vietnam del Sur para protestar contra la política de discriminación e intolerancia religiosa practicada en el país por el Presidente Ngo Dinh Diem. ¿Qué es lo que ocurre, pues, en el Viet-Nam del Sur? ¿Quién es Ngo Dinh Diem? ¿Qué pretenden los budistas? ¿Cuál es el alcance y el sentido de esa actitud de suicidio que instintivamente repugna a una conciencia occidental?

Pero incluso el conflicto que opone ahora a católicos y budistas en el país no tiene toda su razón de ser en el régimen actual de Saigón, verdaderamente discriminatorio e incluso perseguidor de los budistas, sino que las aguas vienen de más lejos. Concretamente de los tiempos de la llegada del cristianismo a aquellas tierras. La doctrina cristiana tal como se presentó por muchos misioneros inexpertos negó desde un principio la moral confuciana de obediencia a los mayores y afirmó la única obediencia a los directores espirituales y al Papa, y esto, unido al comercio sin escrúpulos y a todas las barbaridades cometidas en nombre de Cristo por los occidentales, hizo de los cristianos un grupo extranjero y cruel que había exterminado Asia siempre fue tolerante con toda clase de religiones, pero la religión cristiana tan mezclada a la política y al comercio apareció a los ojos de la mayoría de los vietnamitas como algo monstruoso. Y esta fue la razón de las persecuciones contra los cristianos de los siglos XVII y adelante. Pero las cosas se vinieron a complicar en el XIX cuando la conquista francesa.

Los cristianos que ya formaban un grupo aparte de sus compatriotas se levantaron a favor de los conquistadores contra su propio pueblo con la esperanza de un Gobierno occidental que favoreciese su credo. Algunos de estos levantamientos fueron incluso acudidos por misioneros como el padre Marchand en 1833 y los franceses victoriosos encontraron en los cristianos vietnamitas sus aliados. Los cristianos iban a ser mirados en adelante

como sospechosos por sus propios hermanos vietnamitas y la persecución contra ellos en el siglo XIX fué sencillamente horrorosa tanto por el número como por los métodos. Y después que triunfaron y el poder colonial francés se entronizó en el país los vietnamitas consideraron el hacerse cristiano como una traición a la propia patria y un situarse junto al dominador que todo el día andaba con el nombre de Cristo en los labios y la injusticia en los hechos.

A los mismos cristianos se les planteó el problema de una jerarquía autóctona y, en 1938, fué consagrado el primer obispo nativo, monseñor Nguyen Ba-Tong, quien en 1945 después de la independencia del país, escribió al Santo Padre para pedirle su bendición y plegarias por dicha independencia y se dirigió a sus fieles para pedirles que la apoyaran, porque "no solamente tenían el derecho, sino el deber de estar en primera fila en la lucha (contra el colonialismo) y así permanecer fieles a Cristo y a su patria". Y las cosas fueron muy bien al principio de esa independencia, pero una propaganda, hábilmente montada sobre todo por parte de las potencias, convenció tanto a la jerarquía como al clero y fieles católicos de que, estando como estaban en minoría, nada más que un Gobierno de influencia occidental podría ahorrarlos un tan tremendo sacrificio como el de 80.000 víctimas del siglo XIX, de modo que estos católicos dejaron de luchar por la independencia del país.

Contra esa propaganda se levantaron algunas voces como la del padre Seminel: "No se puede complicar a los católicos vietnamitas en una causa que no es la de la religión. Ya sé bien que se puede hablar de cruzada anticomunista, pero las cosas no son tan simples" ya avisaba de las consecuencias de estas mezcolanzas entre religión y política, que aparte de no ser nada evangélicas, acaban siempre en provecho del sostenimiento de una política y en descrédito de la religión. Pero no se hizo caso de estos avisos y hasta obispos, como

monseñor Le Hun-Tu, se dejaron arrastrar a una política de colaboración con el extranjero que trataba de reconquistar su propio país. Las iglesias se transformaron en cuarteles y algunos sacerdotes ocuparon puestos militares. Y en esta circunstancia es en la que otro obispo, monseñor Ngo Dinh-Thuc, llevó a su hermano Dgo Dinh Niem a los Estados Unidos y desde allí dirigió la lucha para proteger la minoría católica, según se decía.

Vino luego la Conferencia de Ginebra y con ella la paz y la división del país. El católico

cender y a veces hasta vivir un poco bien, debe ser católico, por lo menos de nombre. Naturalmente existe un número de católicos sinceros a quienes no importa el régimen del Sr. Ngo, sino el porvenir de la Iglesia en el país, y que están descontentos con este estado de cosas que consideran un grave pecado, como dice el padre Liem.

Pero al Sr. Ngo le va muy bien proclamarse católico y seguir oprimiendo contra toda justicia a una apiastante mayoría budista que no goza de derechos incluso religioso más que en pa-

profesar la religión en su vida privada y pública, nos ha dicho Juan XXIII en su última encíclica "Pacem in Terris". Todo católico debe, pues, reconocer y respetar el principio de libertad de conciencia. Ciertamente la Iglesia tiene el vivo deseo de ver a todos los hombres iluminados por la fe cristiana, tal como su divino Fundador la ha dado el mandato: "Id y enseñar a todas las naciones, bautizándolas..." Sin embargo no quiere más que conversiones libres y sinceras. Que cada uno en su puesto se esfuerce en la unión y en la paz.



Sr. Ngo despachó al emperador Bao-Dai y se nombró jefe absoluto del país, asistido por una camarilla oficial compuesta por su propia familia: hermanos y cuñadas y cuñados que ocupan los puestos más altos y remunerados. Naturalmente dice que gobierna en nombre de la Providencia.

Según el semanario americano "Newsweek", nada sospechoso de parcialidad en este sentido, la mayor parte de suministros militares del país pasa por manos católicas, los batallones católicos reciben mejor armamento que los demás, en el campo muchos pueblos están controlados por los curas que sostienen una especie de ejército privado, el obispo de Hue dispone de otro ejército para proteger a los sacerdotes católicos y casi la totalidad de los altos jefes, gobernadores y altos funcionarios son católicos. Todo el mundo sabe que, si quiere as-

De aquí esa terrible protesta de los bonzos que se han quemado voluntariamente. Para comprender este gesto hay que tener en cuenta que una de las enseñanzas budistas que sedan a los niños desde pequeños es la del bonzo que ha llegado a un estado tal de acesis que ya sólo le queda llegar al Nirvana echándose a una hoguera. Estas muertes eran raras, pero la mentalidad popular las ha tenido siempre por santas y la Impresionan fuertemente. De todos modos en los círculos budistas saben distinguir muy bien la Iglesia Católica y no culpan la actitud del Sr. Ngo de la de ésta de la intolerancia y la opresión de aquél. Así lo han hecho saber al episcopado.

Y el episcopado, por boca del arzobispo de Saigón, monseñor Nguyen Van-Binh, ha hecho una declaración a este respecto de honrar a Dios según la justa regla de su conciencia y de

que nadie se deje arrastrar a actos equivocados". Y la jerarquía entera se ha mostrado dispuesta a velar por la libertad de predicación y enseñanza budistas, así como para que no se denunciasen de discriminación religiosa o de adocrinamiento de la doctrina estatal que lleva el extraño nombre de personalismo y hasta se dice heredera del personalismo de Mounier, pero con el naturalmente nada tiene que ver. Es una simple doctrina de obediencia y estupidización y fantismo con la consiguiente mezcla de religión y política. Mientras tanto, varios comunistas adocrinados en China, vistiendo un día la sotana del sacerdote católico y otro la sotana budista, atizan los choques y las diferencias y hasta el odio entre ambas comunidades, desprestigiando a la vez a las dos religiones.

Todos los hombres de buena voluntad pero sobre todo los cristianos agradeceríamos al Sr. Ngo que cohenzase a ser católico o dejase de llamarse así y sabemos que la simple actitud anticomunista no condena ninguno de los crímenes que se cometen en su nombre. No santifica nada.

JOSE JIMENEZ LOZANO

MULAS

Grabados en colores de Cuadrado Lomas y poemas de Justo Alejo

EL encuentro de estos dos artistas castellanos rebasa lo anecdótico y es que la mula como tema para los grabados y los poemas ha obligado a Justo Alejo y a Cuadrado Lomas a profundizar en el paisaje y en la canción popular para tocar el mismo fondo, el de la tierra, el del trabajo, el del pueblo. No ha sido preciso que los grabados siguieran a los poemas ni que los poemas mirasen a los grabados para que corra por el libro con libertad una afinidad que hace de la obra de ambos artistas un todo. Encontramos correspondencias en tre ciertos grabados y ciertas poemas no ya sólo en lo temático sino en la concepción del paisaje, del utensilio, de la tierra, del hombre. El arado en blanco de Cuadrado Lomas sobre fondo de tierras y rojos horizontes castellanos es el mismo arado ideal de Justo Alejo en el poema:

Campo España.
Hundido en tierra
hay un arado de sueño
y raja de acero.

La blancura de este arado es el sueño agónico de dos castellanos que claman por la redención del campo, que claman por el nuevo instrumento necesario en que ha de transformarse ese arado idealizado mientras cantan con amor al instrumento al borde ya de la historia del trabajo. La nostalgia ante la mula es lógica, pues, y aquí no estorba a la esperanza por otra realidad distinta. Al borde de la desaparición de la mula en el límite de su abatimiento como instrumento único, la mula, con sus cuatro patas levantadas contra el cielo, erigida una valoración, en este caso poética, artística. La vieta perpendicular de los aperos es una canción en pie al instrumento por cuya carne de madera ha corrido el sudor del hombre durante siglos. La mula es a demás instrumento con capacidad de cansancio, que puede mirar tristemente, regado por sangre, casi humano.

C. A. de los RIOS

UNA JUVENTUD DESCONOCIDA

SOBRE la juventud—específicamente sobre la española—se han escrito bastantes páginas. Se han acumulado observaciones y análisis, algunos de ellos ciertamente agudos. Recordamos en este momento trabajos de Aranguren, Lain y algún otro pensador. Pero, con todo, al hablar de la juventud se viene observando un error de óptica que es necesario precisar. Porque por juventud se entiende a un sector, muy calificado desde luego, pero que no representa plenamente a la comunidad.

Incluso, me parece, que el término juventud ha adquirido una vigencia deformada. La juventud se entiende como estado abocado a la madurez y para una clase social. Cuando, para bien o para mal, se habla de la juventud, entendemos tacitamente que se refieren a la burguesía, o al menos, a unos grupos procedentes de la clase media, con preocupaciones, problemas y sintomática que no representan, o al menos no definen, a la totalidad. Cuando unos estudiantes promueven una agitación o huelga hasta el paroxismo uno de esos ritmos de moda; cuando unos muchachos dejan crecer su melena o copian los pantalones de moda del astro del cine; cuando unas adolescentes ponen los ojos en blanco o estrujan frecuentemente los cuerpos de sus ídolos a las salidas de las "boites"; cuando se señalan unas insatisfacciones, unos anhelos, un estilo de vida que se pretende sea común a todos, se está retratando a un estamento social determinado. Es juventud, indudablemente, pero no toda la juventud.

En líneas generales—y un tanto simplistas—podríamos deslindar a la juventud en dos grandes bloques. Uno de ellos es el que apuntamos. Al mismo pertenecen universitarios, hijos de papa, burócratas iniciados y, en resumen, todos los que a diario llevan o pueden llevar corbata. El otro, mucho más amplio, aunque no tan representativo, lo componen los hijos del proletariado. En este sector, a su vez, cabe el hacer una distinción radical, ya que es diferente el que procede de los núcleos urbanos que el que nace del campo.

En tanto que a la juventud burguesa se le viene dedicando una atención cuidadosa, vemos cómo a la obrera no se la motiva un estudio profundo. Primera razón para este desvío: la mayoría de los profesores, pensadores e intelectuales están familiarizados con un mundo, el mundo en que viven. Desconocen prácticamente el otro mundo, el del trabajo manual. El aprendiz, el joven obrero, el peón agrícola son manejados por sociólogos y economistas desde un aspecto parcial de masa o de número. Las poblaciones proletarias figuran para los estudiosos como un vago término económico. Puede procurarse el mejoramiento de los mismos como clase, pero en términos de eficiencia. No existe, sin embargo, un estudio claro del destino humano que puede mover colectivamente a estas juventudes de la pana y el mono de trabajo. A lo más que se llega, y en ello hay su pequeña razón, es a suponer que la juventud proletaria se mueve en torno al polo de atracción que ejercen los muchachos de la burguesía, mimetizando a los mismos, adoptando parecidas posturas vitales e intentando el encuadramiento para llegar a sus metas. Esta aseveración representa una fórmula cómoda y no válida desde un exigente aspecto de introspección intelectual.

¿Cómo son, en realidad, los jóvenes obreros? He aquí una pregunta con difícil respuesta. Descartada la idea del mimetismo y rechazada la opinión general de que al carecer de cultura carece de sensibilidad el joven del trabajo manual (tesis esta que algunos gustan de defender solapadamente), vemos cómo un mundo, un bloque de excepcional importancia dentro de nuestra vida, carece de biógrafos; pocos en sentido aislado y nadie en especial han dedicado su esfuerzo a analizar lo que piensan, lo que sueñan, lo que persiguen, los errores y virtudes de multitud de muchachos que en la agricultura, en la minería, en las fábricas y los talleres dan a diario su rendimiento de obreros. ¿Cómo gastan sus ociosos? ¿Qué esperan de la sociedad?

Son preguntas, todas ellas, cuya respuesta hemos de imaginarnos. Hay optimistas que

creen en la progresiva tónica de igualdad que va acercando las clases sociales. Para ellos está claro que toda la juventud es la misma, con lo que incurren en el error de creer que las reacciones vitales de los jóvenes a quienes hemos dado en llamar —un tanto impropriadamente—burgueses, corresponden a todos. No opinamos de parecida forma. El talante de la juventud obrera no sólo discurre por otras rutas, sino que en los básicos aspectos de la vida se ofrece como antagonista de la otra clase.

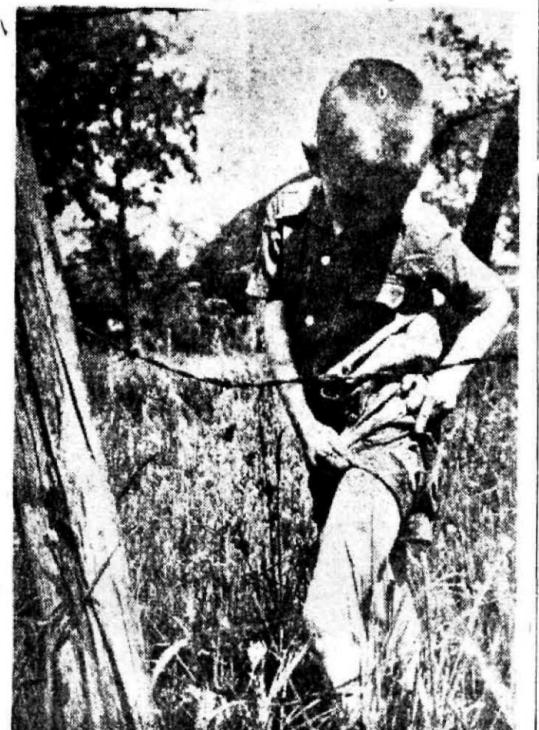
Tenemos en la penumbra a un importante sector de la vida de la nación. Quienes no creemos en la selección de los mejores, representada siempre por una idea clásica, cuyo motor decisivo es la posición económica; es decir, que no aceptamos la división de la sociedad en departamentos hereditarios y privilegiados, esperamos que la

atención del futuro inmediato se centre en las sucesivas generaciones hasta ahora oscuras, que es muy posible alimenten razones de reivindicaciones. Para llegar a la comprensión se precisa el conocimiento.

Ya es hora de que deje de designarse a las mayorías trabajadoras con conceptos tan faltos de equidad como los de masa, plebe y otras lindes por el estilo, en tanto que se soslaya su estudio —el estudio de sus consecuencias juveniles—, que tanto pueden alumbrar el porvenir de todos. Un porvenir que, a pesar de lo despectivo y lo numérico, no podrá edificarse a sus espaldas.

Para empezar a comprender es necesario el estudio. Y que las propias voces de quienes han de considerarse postergados lleguen al resto de la comunidad.

MIGUEL ANGEL PASTOR



WILSONIA WRIGHT
RIGOS POR ASPERSION
PROTECCIONES AUTOMATICAS CONTRA INCENDIOS

COPRI
DOS DE MAYO, 1
Teléfono 23421
INSTALACIONES ELECTRICAS
TALLER ELECTROMECHANICO
DEPURACION DE AGUAS